

LIBRO XLII.

LIBRO XLI.

SUMARIO.

Extinción del fuego sagrado en el templo de Vesta.—Ti. Sempronio Graco vence á los celtíberos.—Fundada en España la ciudad de Graccuris.—El procónsul Albino reduce á los vecenos y lusitanos.—Triunfo de éstos.—Antiocho, hijo de Antiocho el Grande, regresa á Siria para ocupar el trono.—Templos que construye este príncipe.—Clausura del lus'ro.—Ley que prohíbe instituir heredera á la mujer.—Apóyala M. Catón.—Ventajas conseguidas sobre los ligurios, instrios, sardos y celtíberos.—Principio de la guerra de Macedonia.—Intrigas de Perseo.

Había paseado ya el pueblo romano sus victoriosas armas por todo el orbe de la tierra y abarcado en vasto círculo de conquistas lejanas comarcas separadas por algunos mares. Cuando todo marchaba á medida de sus deseos, supo conservar en medio de tanta felicidad la gloria de ser reverenciado; y más aún, antes dominaba por la grandeza de su nombre que por la fuerza, y se gloriaba de mandar en las naciones extranjeras más bien por la razón que por la violencia y el terror. Evitando severas medidas con los pueblos y reyes vencidos, liberal con sus aliados, no queriendo para él más que el honor de la victoria, dejó á los reyes su majestad, y á los pueblos, ya hubiese tratado con ellos como igual ó como soberano, sus leyes, sus derechos y su li-

Extinción del fuego sagrado en el templo de Vesta.—Ti. Sempronio Graco vence á los celtíberos.—Fundada en España la ciudad de Graccuris.—El procónsul Albino reduce á los vecenos y lusitanos.—Triunfo de éstos.—Antiocho, hijo de Antiocho el Grande, regresa á Siria para ocupar el trono.—Templos que construye este príncipe.—Clausura del lus'ro.—Ley que prohíbe instituir heredera á la mujer.—Apóyala M. Catón.—Ventajas conseguidas sobre los ligurios, instrios, sardos y celtíberos.—Principio de la guerra de Macedonia.—Intrigas de Perseo.

Había paseado ya el pueblo romano sus victoriosas armas por todo el orbe de la tierra y abarcado en vasto círculo de conquistas lejanas comarcas separadas por algunos mares. Cuando todo marchaba á medida de sus deseos, supo conservar en medio de tanta felicidad la gloria de ser reverenciado; y más aún, antes dominaba por la grandeza de su nombre que por la fuerza, y se gloriaba de mandar en las naciones extranjeras más bien por la razón que por la violencia y el terror. Evitando severas medidas con los pueblos y reyes vencidos, liberal con sus aliados, no queriendo para él más que el honor de la victoria, dejó á los reyes su majestad, y á los pueblos, ya hubiese tratado con ellos como igual ó como soberano, sus leyes, sus derechos y su li-

bertad. Y aunque abarcó por medio de sus armas todas las costas del Mediterráneo, desde el litoral de Cádiz hasta la Siria, y que innumerables comarcas reverenciaban el nombre romano, solamente tenía como súbditos los pueblos de la Sicilia, las islas vecinas de Italia y la mayor parte de España, y ésta bajando al yugo indómita cerviz. Menos fué su propia ambición que la imprudente perversidad de sus enemigos y rivales la que suministró á Roma objeto y pretexto de nuevas conquistas. Al frente de éstos figuraba Perseo, elevado al trono de Macedonia por dolo y asesinato: Perseo, á quien su odiosa crueldad para con sus súbditos, su exagerada avaricia en el seno de inmensas riquezas, su inconsiderada ligereza en la concepción y ejecución de sus designios, perdieron juntamente con todo aquello que podía mantenerle mientras subsistiera su poder, siendo quien más que cualquier otro mantenía en alarma el poder romano. Su caída tuvo consecuencias en otras partes, arrastrando en su ruina no solamente á los pueblos inmediatos, sino hasta á los estados más lejanos. Derruída Macedonia, pronto cayeron Cartago y la Acaya; su doble catástrofe hizo vacilar otros imperios que, después de dependencia más ó menos larga, concluyeron por derumbarse y confundirse con el romano. Como á pesar de la diferencia de tiempos y lugares, estos acontecimientos se relacionan por la identidad de hechos, ha parecido conveniente reunirlos bajo el mismo punto de vista, considerando que la guerra á que Perseo arrastraba entonces á Roma fué el verdadero punto de partida para el desenvolvimiento del poder romano. Esta guerra estaba latente en los consejos de Perseo; y las armas romanas más bien estaban en acecho que seriamente ocupadas por los ligurios y los galos.

Siendo cónsules M. Junio Bruto y A. Manlio Vulso,

dióse como provincias la Galia y la Liguria á Junio y á Manlio respectivamente. En cuanto á los pretores, M. Titinio Curvo obtuvo la jurisdicción urbana, Ti. Claudio Nerón la de los extranjeros, P. Elio Liguro la Sicilia, T. Ebuicio Caro la Cerdeña, M. Titinio (en este año hubo dos pretores llamados M. Titinio) la España citerior y T. Fonteyo Capiton la ulterior. En el Foro se declaró un incendio, quemáronse muchos edificios, desapareciendo hasta los cimientos el templo de Venus. Apagóse el fuego sagrado del santuario de Vesta, y el pontífice máximo M. Emilio condenó á la virgen encargada de su conservación al suplicio del azote, celebrándose rogativas según los ritos. Los censores M. Emilio Lérido y M. Fulvio Nobilior cerraron el lustro aquel año, arrojando el censo ciento setenta y tres mil doscientos cuarenta y cuatro ciudadanos. Recibióse una legación de Perseo, rey de Macedonia, que venía á solicitar del Senado para aquel príncipe el título de aliado y amigo y la renovación del tratado ajustado con su padre Filippo. Habíase atraído Perseo las sospechas y el odio de los romanos, y la mayor parte estaban convencidos de que aquella guerra preparada por Filippo desde tantos años en el secreto de su política, estallaría á la primera ocasión en cuanto Perseo se encontrase bastante fuerte para hacerla. Sin embargo, para que no se dijese que le habían hostigado en su reposo y rechazado en sus disposiciones pacíficas, que ellos mismos le habían ofrecido el pretexto de la guerra, accedieron á su petición. Fortalecido Perseo con esta respuesta y considerándose completamente asegurado en el trono, cuidó de poder disponer de los recursos que le ofrecían los griegos. Comprendiendo la necesidad de ganar su afecto, llamó á Macedonia á todos aquellos que por deudas ó por sentencias se habían visto obligados á expatriarse, ó que, acusados de delito de lesa majestad, se

habían desterrado de Macedonia: y por medio de edictos públicamente fijados en la isla de Delos, en Delfos y en el templo de Minerva Itoniana, no solamente les aseguró la impunidad, sino también la restitución de sus bienes á su regreso, con el goce de los arrendamientos vencidos desde la época del destierro. Perdonó también á los que vivían en Macedonia todas sus deudas al fisco, y puso en libertad á los presos por lesa majestad. Estas disposiciones levantaron mucho los ánimos, le atrajeron toda la Grecia é infundieron grandes esperanzas. Su aspecto era muy á propósito para realzar la dignidad real. Tenía buena presencia, su cuerpo ágil y robusto se prestaba á todo género de trabajos, y la madurez de la edad daba á su persona extraordinaria majestad. No imitaba la disolución de su padre ni su desenfrenada pasión por las mujeres y el vino. Estas eran las buenas cualidades con que Perseo subió al trono, á las que no había de corresponder su fin.

Antes de que los pretores á quienes habían tocado en suerte las Españas llegasen á sus provincias, Postumio y Graco habían realizado en ellas cosas notables; especialmente Graco, quien, en la flor de la edad, superior en todo á los de su generación por su energía y prudencia, gozaba ya de inmensa fama y ofrecía grandes esperanzas para lo venidero. Veinte mil celtiberos sitiaban á Carabia, ciudad aliada de los romanos, y Graco se apresuró á socorrer á sus aliados. Atormentábase la idea de enterar á los sitiados de su proyecto, porque era tan riguroso el bloqueo, que ofrecía graves dificultades el paso de un mensajero, dificultades que desaparecieron ante la audacia de Cominio. Era éste prefecto de una turma de caballería, y después de madurar en silencio su proyecto y enterado á Graco de lo que pensaba hacer, vistió traje español y se mezcló con los merodeadores enemigos, con los que entró en su campa-

mento, se acercó á las murallas de la ciudad y anunció la llegada de Tiberio Graco. La noticia hizo que los habitantes pasasen del terror más profundo á la alegría y valor más decididos, confirmándose en su resolución de resistir vigorosamente, y al tercer día, la llegada de Graco hizo levantar el sitio. Más adelante el mismo Graco tuvo que burlar una estratagema de aquellos bárbaros; y con la fuerza y la destreza consiguió tan perfectamente desvanecer el peligro, que la astucia cayó sobre sus autores. Era Complega una ciudad recientemente fundada, pero tenía excelentes fortificaciones, y su desarrollo había sido rápido, merced á haberse refugiado en ella muchos españoles, que, privados del territorio que antes les pertenecía, estaban reducidos á vagar á la aventura. De aquella ciudad habían salido cerca de veinte mil hombres, con trajes de suplicantes, llevando en las manos ramos de olivo, llegando así á las inmediaciones del campamento para implorar la paz; pero arrojando en seguida la máscara, atacaron repentinamente á los romanos, produciendo desorden y espanto por todas partes. Ocurrióse á Graco la sabia idea de fingir que huía y abandonaba el campamento, y mientras lo saqueaban los bárbaros con su habitual avidez y se cargaban con el botín, regresó, y con un ataque que no esperaban, les mató mucha gente y hasta se apoderó de la ciudad. Refiérese también este hecho: Enterado Graco de que el enemigo carecía de recursos, anontonó en su campamento cantidad de viveres y en seguida lo abandonó. El enemigo se arrojó sobre él, devorando desordenadamente cuanto encontró; entonces retrocedió el ejército romano, lo sorprendió y destruyó.

Cualquiera de estos relatos que se admita, y aunque se suponga otra cosa que una victoria, lo cierto es que Graco sometió muchos pueblos y especialmente toda la

nación de los celtíberos. Les tomó y destruyó trescientos pueblos, según refiere Polibio, el más grave de los historiadores; pero no me atrevería sin embargo á asegurarlo, á no ser que se entienda por pueblos las torres y castillos: estas exageraciones suelen emplearlas los mismos generales de los ejércitos y los historiadores para embellecer sus relatos, porque el suelo árido é inculto de las Españas no puede alimentar tan considerable número de pueblos. Las costumbres agrestes y salvajes de los españoles, exceptuando los que habitan las costas de nuestro mar, se oponen también, atendiendo á que la reunión de los hombres en las ciudades produce ordinariamente el efecto de civilizarlos. Por lo demás, cualquiera opinión que se adopte relativamente al número de ciudades tomadas por Sempronio ó á su importancia (porque los historiadores no concuerdan en el número, diciendo algunos ciento cincuenta y otros ciento tres), está demostrado que hizo grandes cosas. Y no se celebran únicamente sus hazañas de guerra; fué también administrador excelente, que supo hacer reinar entre los vencidos la paz y las leyes. Porque distribuyó las tierras á los pobres, les designó parajes para habitar é impuso á todos los pueblos de la comarca leyes terminantes y claras que les unían al pueblo romano con lazos de alianza y amistad cimentados con recíprocos juramentos. En las guerras que se originaron después, frecuentemente invocó la autoridad de estos tratados la generación siguiente. Graco quiso perpetuar el recuerdo de su valor y trabajos dando el nombre de Graccuris á una ciudad llamada anteriormente Ilurcis. No se conocen tan bien los hechos de Postumio. Sin embargo, sometió á los vacenses y á los lusitanos, que perdieron en aquella lucha cuarenta mil hombres. Después de estas victorias, los dos entregaron sus ejércitos á los sucesores que les habían enviado y regresaron á

Roma para recibir los honores del triunfo. En la Galia, el cónsul Manlio, á quien había tocado aquella provincia, no encontrando pretexto para conseguir el triunfo, asíó ávidamente la ocasión que le presentaba la fortuna de la guerra para llevar sus armas contra los istriotas, pueblos que anteriormente habían ayudado á los etolios en su guerra contra los romanos y que recientemente se habían sublevado. Tenían entonces á su frente un rey de carácter ardiente, llamado Epulón, cuyo padre había mantenido á sus pueblos en paz; pero él les llamó á las armas, por lo que, según dicen, le adoraba su ejército, ávido de pillaje.

En un consejo que tuvo el cónsul relativamente á la guerra de Istria opinaron unos hacerla en el acto, antes de que el enemigo pudiese reunir sus tropas, otros que se consultase previamente al Senado (1); prevaleciendo el parecer de los que no admitían aplazamiento. El cónsul partió de Aquilea (2) y fué á acampar en la orilla del lago Timavo, que dista muy poco del mar; allí acudió también con dos naves C. Furio, decenviro naval. Estos decenviros navales habían sido creados contra la flota de los ilirios, para defender con veinte naves las costas del mar superior apoyándose en Ancona; partiendo de este punto, á la derecha hasta Tarento, la vigilancia pertenecía á C. Cornelio; á la izquierda, hasta Aquilea, á C. Furio. Las naves fueron expedidas al puerto de Istria, el más cercano, con otras de carga y abundante con-

(1) Ciertó es que las guerras que habian de hacerse las decretaba primeramente el Senado, que autorizaba en seguida la presentación de una ley para conseguir el asentimiento del pueblo. Créese, sin embargo que el Senado podia sin orden ni concurso del pueblo permitir á los que mandaban en las provincias hacer incursiones en tierras de pueblos enemigos de los que podia temer algo la provincia.

(2) Cinco años hacia que se envió una colonia latina á Aquilea.

voy; y el cónsul, siguiéndolas con las legiones, acampó á cinco millas del mar. Pronto quedó transformado el puerto en populoso mercado, desde el que llevaban todas las provisiones al campamento. Aseguraron las comunicaciones por medio de guardias colocadas alrededor del campamento; por el lado de Istria se situó en observación una cohorte levantada apresuradamente en Placencia para guardar el espacio entre el campamento y el mar; y para que pudiese defender á los que fuesen por agua al río, M. Ebucio, tribuno de los soldados de la segunda legión, recibió orden de llevar dos manipulos de refuerzo. Los tribunos T. y C. Elio habían llevado la tercera legión por el camino de Aquilea para proteger á los que fuesen por leña y forraje al bosque. Por este lado, á una milla de distancia, encontrábase el campamento de los galos, en el que Catmelo reemplazaba al rey, teniendo solamente á sus órdenes tres mil combatientes.

En cuanto se enteraron los istriotas de que los romanos habían trasladado su campamento al lago Timavo, se apostaron detrás de una montaña, sin que éstos lo supiesen, y siguiendo su marcha por caminos extraviados, nada se les escapaba de cuanto ocurría por mar y por tierra. Observando la debilidad de las guardias que custodiaban el campamento, la multitud de traficantes que llenaban desarmados el mercado y el camino del puerto al mar, sin ningún trabajo de fortificación terrestre ó marítima, atacaron á la vez los dos cuerpos, la cohorte de Placencia y el manipulo de la segunda legión. La niebla matinal encubría su empresa, y cuando la dispararon los primeros rayos del sol, la luz que le penetraba, incierta aún y que multiplicaba los objetos, de tal manera engañó á los romanos, que les hizo ver al ejército enemigo mucho más numeroso de lo que era en realidad. Espantados los soldados de los dos cuer-

pos huyeron con extraordinaria precipitación hacia el campamento, donde produjeron alarma más grande aún de la que ellos habían experimentado, porque les era imposible decir por qué habían huído y contestar á todas las preguntas que les hacían; oíanse gritos en las puertas como de gentes que no ven delante guardias que les defiendan, y en la confusión de hombres que se agitaban entre la niebla, chocaban unos con otros y no se sabía si el enemigo se encontraba en los parapetos. Solamente se oía una voz: «¡A la mar!» Esta palabra pronunciada al acaso por uno solo, la repitieron en seguida todos los ecos del campamento; y como si hubiesen recibido orden de hacerlo, corrieron, unos armados y otros sin armas, hacia el mar; inmediatamente les siguió mayor número y al fin todos, y el mismo cónsul, después de muchos esfuerzos para contener la fuga de sus tropas, y cuando vió que voces de mando, autoridad y hasta los ruegos eran inútiles. Solamente quedó M. Licinio Strabón, tribuno de la legión tercera, que permaneció detrás de su legión con tres enseñas. Al arrojarse los istriotas sobre aquel campamento que abandonaban, sin haber encontrado combatientes que les disputasen el paso, le vieron en el pretorio, formando y arengando sus escasas fuerzas. La pelea fué muy encarnizada, con relación al corto número que la sostenía, no terminando hasta que quedaron muertos el tribuno y todos los suyos. El enemigo derribó el pretorio, se apoderó de cuanto encontró, y llegó al foro cuestorio y á la quintana. Los bárbaros encontraron allí preparadas y dispuestas provisiones de toda clase y lechos aderezados en el cuestorio; el rey se acostó y mandó le sirviesen comida. En seguida le imitaron todos los demás, sin ocuparse para nada de armas ni de enemigos, y como gentes poco acostumbradas al lujo de buena mesa se rellenaron el estómago de comida y bebida.

Distintas eran las cosas por parte de los romanos: la alarma era general por tierra y por mar; los marineros recogen sus tiendas y reembarcan apresuradamente las provisiones bajadas á tierra; los soldados, en su espanto, se precipitan en las barcas y en el agua; temiendo los marineros que sus naves quedasen sobrecargadas de gente, rechazan aquella multitud ó se separan de la orilla ganando la alta mar. Trábase lucha, y pronto se convierte en combate entre soldados y marineros; corre sangre y algunos sucumben, hasta que, por orden del cónsul, la flota se aleja de tierra. En seguida separó á los que tenían armas de los que no las tenían; y apenas entre tan considerable número encontró mil doscientos armados: eran muy pocos los jinetes que habían llevado sus caballos. El resto no era más que miserable multitud, que parecía agrupación de criados, á propósito para ser presa del enemigo, si hubiese cuidado de combatir. Al fin envió un mensajero á la tercera legión y á las fuerzas galas para llamarlas, y por todas partes se ocuparon en marchar á la reconquista del campamento y lavar la mancha con que se habían deshonrado. Los tribunos de los soldados de la tercera legión mandan arrojar el forraje y la leña; mandan á los centuriones que monten dos á dos en los mulos descargados los soldados de más edad, y á los jinetes que tomen á la grupa á los más jóvenes. «¡Qué honor para la legión, si por su valor reconquistaba el campamento perdido por el terror pánico de la segunda, y la empresa es fácil si se cae prontamente sobre los bárbaros cuando solamente piensan en saquear; de la misma manera que lo han conquistado, pueden perderlo.» Esta exhortación enardece á los soldados. Levántanse las enseñas en el acto y no se hacen esperar los combatientes; pero el cónsul y las fuerzas que venían del lado del mar llegaron primero al pie de las empalizadas. L. Acio, primer tribuno

de la segunda legión, no se limitaba á exhortar á los soldados, sino que les hacía comprender además «que si los istriotas vencedores hubiesen querido conservar el campamento con las mismas armas que se apoderaron de él, habrían perseguido hasta el mar al enemigo que ya no tenía campamento, y que en seguida habrían colocado avanzadas delante de las empalizadas y que probablemente estaban entregados al sueño y á la embriaguez.»

Después de estas breves palabras, mandó á su signífero predilecto A. Beculonio, conocido por su valor, que entrase con la enseña alzada. El signífero gritó que si estaban dispuestos á seguirle, iba á acelerar la marcha; y en seguida, haciendo un esfuerzo, lanzó la enseña por encima de la empalizada y atravesó el primer muro de la puerta. Por otro lado, T. y C. Elio, tribunos militares de la tercera legión, llegaron con la caballería; detrás los que habían montado dos á dos en las bestias de carga, y además el cónsul con todas sus fuerzas. Corrió un número de istriotas que no habían bebido mucho vino, intentaron huir; los otros pasaron del sueño á la muerte, y los romanos encontraron todo lo que habían dejado, exceptuando lo que habían consumido en vino y víveres. Hasta los enfermos que habían abandonado el campamento, al ver de regreso á sus compañeros, tomaron las armas é hicieron terrible matanza. Cítase especialmente al caballero C. Popilio, conocido con el nombre de Sabelo, por su notable conducta. Retenido en el campamento por una herida en el pie, él fué quien mató mayor número de enemigos con notabilísima diferencia. Perecieron cerca de ocho mil istriotas, no haciéndose prisioneros; tales eran el enojo y la cólera, que no se pensaba en recoger botín. Los istriotas montaron apresuradamente á caballo á su rey, que se había embriagado en la mesa, y huyó. Los vencedores perdie-

ron doscientos treinta y siete hombres; pero más en la derrota de la mañana que en la reconquista del campamento. Quiso la casualidad que Cn. y L. Gavilio, nuevos colonos de Aquilea que llegaban con provisiones, cayesen casi sin sospecharlo, en medio de los istriotas, dueños del campamento. Abandonando los bagajes, huyeron á Aquilea, donde sembraron tal espanto y consternación que á los pocos días se extendió hasta Roma. Allí no se dijo solamente que el enemigo se había apoderado del campamento, sino que se anunció la fuga, la derrota completa, la total extinción de un ejército entero. Como de costumbre en caso de tumulto, proclamaron una ley extraordinaria, no solamente en la ciudad, sino en toda Italia. Alistáronse dos legiones de ciudadanos romanos, y á los aliados del nombre latino se pidió diez mil hombres de infantería y quinientos caballos. El cónsul M. Junio recibió orden de pasar á la Galia y exigir á las ciudades de aquella provincia tantos soldados como pudiese proporcionar cada una. Decretóse al mismo tiempo que el pretor Ti. Claudio señalaría Pisa como punto de reunión á los soldados de la cuarta legión, á cinco mil hombres de infantería y doscientos cincuenta de caballería de los aliados del nombre latino y que custodiase aquella provincia en ausencia del cónsul: el pretor M. Titinio debía señalar Ariminio como punto de reunión de la primera legión y á igual número de auxiliares latinos de infantería y caballería. Nerón partió para Pisa y su provincia, llevando ya el manto militar. Titinio envió al tribuno de los soldados C. Cassio á Ariminio para que tomase el mando de la legión, y permaneció en Roma con objeto de proceder á la leva. Habiendo pasado el cónsul M. Junio de la Liguria á la Galia, se apresuró á enviar refuerzos á las ciudades de la comarca y á las colonias militares y marchó á Aquilea.

Enterado allí de que el ejército se había salvado, escribió á Roma prohibiendo que se aceleraran las cosas, y por su parte licenció los refuerzos que había pedido á los galos, marchando á avistarse con su colega. Aquella inesperada felicidad produjo inmenso regocijo en Roma; libertóse de su juramento á los soldados que lo habían prestado, y el ejército, invadido por una epidemia en Ariminio, fué enviado á sus hogares. Los istriotas que, con fuerzas numerosas ocupaban una posición cercana al campamento del cónsul, enterados de la llegada de otro cónsul con nuevo ejército, se dispersaron en sus respectivas ciudades, y los cónsules llevaron sus legiones á invernar en Aquilea.

Pacificada la Istria, dióse un senatus-consulto mandando á los cónsules que se pusiesen de acuerdo para que uno de ellos regresase á Roma con objeto de celebrar los comicios. Durante la ausencia de Manlio, desgarrábanle con sus oraciones A. Licinio Nerva y C. Papirio Turbo, quienes llegaron á proponer que Manlio no conservase el mando más allá de los idus de Marzo (porque se había prorrogado á los cónsules por un año (1) el mando de sus provincias), para que pudiese, una vez fuera del cargo, presentarse á defenderse. Su colega Q. Elio se opuso á la proposición, y con gran trabajo consiguió que no se llevase adelante. Al mismo tiempo, Ti. Sempronio Graco y L. Postumio Albino regresaron de España á Roma, y el Senado, presidido por el pretor M. Titinio, les recibió en el templo de Belona para que diesen cuenta del cumplimiento de su misión, pidiesen los honores que habían merecido y solicitasen acciones de gracias para los dioses inmortales. Por esta época también una carta del pretor P. Ebuicio, que llevó

(1) Por año no debe entenderse aquí todo el espacio natural que significa la palabra, sino la parte que transcurría hasta que los nuevos magistrados entraban en funciones. 7 BOTANICO

su hijo al Senado, dió cuenta de la profunda alarma que reinaba en Cerdeña. Los ilienos, ayudados por los balears, habían invadido, en plena paz, la provincia, y encontrándose el ejército débil y diezmado por una epidemia, no podía resistirles. Igual relato hicieron los legados de los sardos, rogando al Senado que socorriese al menos las ciudades, porque los campos se encontraban ya devastados. Este asunto y la legación de Cerdeña quedaron para los nuevos magistrados. Igual atención se debía á los licios, cuyos legados se quejaban también de la crueldad de los rodios que L. Cornelio Escipión les había dado por señores. «Habían sido súbditos de Antioco, y el despotismo de aquel rey, comparado con su situación actual, era noble independencia. No era solamente la nación en general la que sufría bajo aquellos tirános verdadera esclavitud, sino también los individuos. Sus esposas é hijos recibían igual tratamiento que ellos, imponiéndoles penas corporales, el azote, y para colmo de iniquidad, manchábase y se vilipendiaba su buena fama; realizábanse descaradamente los actos más abominables para establecer el derecho, y para no dejarles ni sombra de duda de que no existía diferencia entre ellos y los esclavos comprados con dinero.» Impresionado por aquellas quejas, el Senado dió á los licios una carta para los rodios: «Roma no quería hacer á los licios esclavos de los rodios, ni poner en servidumbre de nadie á hombres nacidos libres; porque los licios hubiesen sido colocados á la vez bajo la autoridad y tutela de los rodios, no dejaban de ser dos pueblos aliados, sometidos á la dominación del pueblo romano.»

Las victorias conseguidas en España dieron lugar á dos triunfos consecutivos, siendo el primero el de Sempronio Graco sobre los celtiberos y sus aliados, y el segundo, al día siguiente, el de L. Postumio sobre

los lusitanos y otros españoles de la misma comarca. Ti. Graco entregó al tesoro cuarenta mil libras de plata y Albino veinte mil. Cada uno de ellos entregó veinticinco dineros á cada soldado, doble á los centuriones y triple á los caballeros, tratando á los aliados lo mismo que á los romanos. Quiso la casualidad que, por la misma época, el cónsul M. Junio viniese de la Istria á Roma para presidir los comicios; los tribunos del pueblo Papirio y Licinio le abrumaron con preguntas en el Senado acerca de los acontecimientos de Istria y después le citaron ante el pueblo. El cónsul contestó que solamente había estado once días en la provincia: que de la misma manera que ellos, había sabido por la fama lo ocurrido durante su ausencia. Insistían entonces preguntando: «¿Por qué no había venido más bien A. Manlio á Roma para dar cuenta al pueblo de los motivos que le habían hecho pasar de la provincia de la Galia, que le designó la suerte, á la Istria? ¿Cuándo había decretado el Senado y ordenado el pueblo aquella guerra? ¡Y á fe que si el general la había decidido por su propia iniciativa, la había llevado con prudencia y valor! Imposible era decir si había sido más torpe la decisión que la dirección de aquella guerra. Dos puestos sorprendidos por los istriotas, dos campamentos romanos perdidos, y con el campamento, cuantos soldados de á caballo y de á pie se encontraban en él; los demás, desarmados, en desorden, con el cónsul á la cabeza, habían huído hacia el mar y las naves. Como particular, daría de aquellos hechos la cuenta que negó siendo cónsul.»

Celebráronse en seguida los comicios y resultaron nombrados cónsules C. Claudio Pulquer y Ti. Sempronio Graco; y al siguiente día fueron proclamados pretores P. Elio Tuberón, por segunda vez, C. Quincio Flamínio, C. Numisio, L. Mummio, Cn. Cornelio Esci-

pión y C. Valerio Levino. A. A. Tuberón tocó la jurisdicción urbana y á Quinceio la de los extranjeros; á Numisio la Sicilia; á Mummió la Cerdeña; pero esta última, á causa de la importancia de la guerra, fué elevada á la categoría de provincia consular y otorgada per sorteo á Graco; Claudio recibió la Istria; Escipión y Levino se repartieron la Galia, que formó dos provincias. El día en que entraron en funciones Sempronio y Claudio, solamente se trató de las provincias de Cerdeña y de Istria y de los dos enemigos que habían entendido la guerra en aquellas provincias. Al día siguiente, los legados de los sardos, cuyo asunto se había aplazado hasta la renovación de los magistrados y L. Minucio Thermo, que había sido legado del cónsul Manlio en Istria, fueron recibidos por el Senado. Su relato reveló á la asamblea la importancia de las guerras de aquellas comarcas. El Senado se conmovió también con las quejas formuladas por los legados de los aliados latinos, quienes después de insistir mucho con los censores y cónsules anteriores, habían obtenido audiencia del Senado. Quejábanse, en suma, de que sus conciudadanos, incluidos en el censo de Roma, trasladasen su domicilio á esta ciudad. Si se toleraba este abuso, en pocos lustros se verían desiertos sus campos y ciudades y no podrían suministrar ni un soldado. Los samnitas y peliños se quejaban también de que les habían abandonado cuatro mil familias para marchar á establecerse en Fregelas, y que no por esto suministraban menor contingente unos y otros á los ejércitos. Habíanse puesto en práctica dos clases de fraudes para pasar individualmente de una ciudad á otra. La ley había permitido á aquellos aliados latinos que dejaban familia en su patria primitiva pasasen á ser ciudadanos romanos. Pero falseando la ley, perjudicaban á sus compatriotas y al pueblo romano; porque eludían la

obligación de dejar hijos en su país, los daban en servidumbre á cualquier ciudadano romano, con la condición de que los manumitirían haciéndoles libertos; y como hombres que no tenían hijos que dejar, pasaban á ser ciudadanos romanos. Más adelante hasta se despreciaron estas apariencias de legalidad y se adquirió la ciudadanía romana á pesar de la ley, sin tener hijos, por la simple emigración é inclusión en el censo. Pedían los legados que no continuase este abuso; que se mandase á los aliados regresar á sus ciudades, y que en seguida se hiciese una ley prohibiendo que ninguno recibiese á otro en su poder ó que se vendiese la propiedad para facilitar un cambio de ciudad, y que todo aquel que cometiese este fraude para conseguir la ciudadanía romana, no fuese reconocido como tal ciudadano. El Senado accedió á estas peticiones.

En seguida se decretaron socorros para las provincias que estaban en guerra, Cerdeña, é Istria. Para la Cerdeña se dispuso el levantamiento de dos legiones de cinco mil doscientos hombres de á pie y trescientos de á caballo cada una (1); además, pediríase á los aliados latinos doce mil hombres de infantería y seiscientos de caballería, y además diez quinqueres si el cónsul quería tomar las de los astilleros. Iguales fuerzas de infantería y caballería se decretaron para la Istria que para la Cerdeña. Los cónsules recibieron también orden para enviar á Titinio, en España, una legión con trescientos jinetes y cinco mil hombres de infantería aliada, con doscientos cincuenta de á caballo. Antes del sorteo de las provincias consulares, dióse cuenta de algunos prodigios. Habían caído piedras del cielo, en el territorio de Crustumino, en el bosque de Marte; en la campiña romana había nacido un niño con el cuerpo

romano. Pero ninguno de los perjudicados á sus

(1) Este era el número ordinario de jinetes en cada legión.

incompleto y se había visto una serpiente con cuatro pies; en el Foro de Capua habían caído rayos sobre muchos edificios, y en Puteolos el mismo fuego había consumido dos naves. Cuando se hablaba de todos estos prodigios, un lobo perseguido en Roma en pleno día, después de entrar por la puerta Colina, escapó por la Esquilina, seguido de todo el pueblo alborotado. Con ocasión de estos prodigios, los cónsules inmolaron víctimas mayores y hubo un día de rogativas en todos los templos. Celebrados los sacrificios, se sortearon las provincias, obteniendo Claudio la Istria y Sempronio la Cerdeña. En seguida presentó C. Claudio, en virtud de un senatus-consulta, la ley relativa á los aliados y promulgó la orden en cuanto á todos los aliados latinos que, ellos ó sus padres, durante la censura de M. Claudio y T. Quincio, y después de ésta, hubiesen sido recibidos entre los aliados del nombre latino, regresasen á sus ciudades respectivas antes de las kalendas de Noviembre. Un decreto encargó al pretor L. Mummio la información contra aquellos que no se sometiesen; á la ley y disposición del cónsul se añadió un senatus-consulta mandando que el dictador, el cónsul, el interrey, el censor, y el pretor del año, en cada caso de manumisión que se presentase, exigiesen al dueño manumisor juramento de que aquella manumisión no tenía por objeto cambio de ciudad; sin prestar este juramento, no podía realizarse la manumisión. Por un decreto se concedió para lo sucesivo á C. Claudio jurisdicción para decidir estos casos.

Mientras ocurrían estas cosas en Roma, M. Junio y A. Manlio, que habían sido cónsules en el año anterior, después de invernar en Aquilea, al comenzar la primavera, hicieron entrar sus tropas en el territorio de Istria, en el que realizaron tantos estragos y desórdenes, que los istriotas, más por ira y por la indignación que

les causaban las depredaciones cometidas en su presencia y en su daño, que con segura esperanza de hacer frente á dos ejércitos, se pusieron en campaña. Reunida la juventud de todas sus tribus, fuerza improvisada y sin disciplina, mostró más vigor en el primer choque, que perseverancia para sostener el combate. Cuatro mil hombres de los suyos quedaron sobre el campo, y los demás, renunciando á la guerra, huyeron por todas partes y regresaron á sus ciudades. Desde ellas enviaron primeramente legados al campamento romano para pedir la paz y después los rehenes que les pidieron. Cuando se enteraron en Roma, por carta de los procónsules, temiendo el cónsul C. Claudio perder la provincia y el ejército, por consecuencia de estos acontecimientos, partió por la noche sin formular los votos, sin clámide, sin lictores, sin advertir á nadie más que á su colega, y se trasladó precipitadamente á su provincia. Allí reunió el consejo, y reconvinendo á A. Manlio por su huida del campamento, delante de los soldados que habían de oírle con disgusto, porque ellos habían huído primero, avergonzando á M. Junio por haberse asociado á la deshonra de su colega, terminó por mandar á los dos que saliesen de la provincia. Los soldados dijeron que se someterían á las órdenes del cónsul, cuando, según la costumbre antigua, hubiese formulado los votos en el Capitolio y saliese de Roma con la clámide y precedido por los lictores: frenético entonces de ira, llamó al que servía de cuestor á A. Manlio, le pidió cadenas y amenazó con ponerlas á Junio y á Manlio para enviarlos de aquella manera á Roma. El cuestor no escuchó las órdenes del cónsul, y los soldados que le rodeaban, adictos á la causa de sus jefes y animados contra el cónsul, le alentaban á la desobediencia. Abrumado al fin por las injurias y burlas de la muchedumbre, que unía la risa al ultraje, tomó el